

# LA ANGUSTIA Y EL GOZO DE TRADUCIR. ENTRE-VISTA A MIGUEL MARTÍNEZ-LAGE<sup>1</sup>

Grupo de Investigación HUM-807<sup>2</sup>

**Resumen:** Miguel Martínez-Lage es uno de los más importantes traductores literarios del inglés que hay actualmente en nuestro país. Tras cursar estudios universitarios en Navarra y en la Universidad Autónoma de Madrid, se dedica profesionalmente a la traducción desde 1984. Entre los autores que ha traducido destacan Martin Amis, W. H. Auden, Samuel Beckett, Saul Bellow, J. M. Coetzee, Joseph Conrad, Roddy Doyle, Graham Greene, Ernest Hemingway, Nick Hornby, Aldous Huxley, Henry James, Rudyard Kipling, Edgar Allan Poe, John Steinbeck, Dylan Thomas y Virginia Woolf, entre muchos otros. Ha sido también ponente en numerosos congresos sobre traducción y escritor de artículos y reseñas. Miguel Martínez-Lage mantuvo esta conversación para *Odisea* en octubre de 2007 como anticipo a una visita a la Universidad de Almería.

**Palabras clave:** Traducción literaria, traducir del inglés, oficio del traductor, Samuel Beckett, Samuel Johnson.

**Abstract:** Miguel Martínez-Lage is one of the most important English-Spanish literary translators currently working in Spain. He studied at the University of Navarra and at the Universidad Autónoma in Madrid, and he is a full-time translator since 1984. Among the list of authors he has translated into Spanish some names stand out: Martin Amis, W.H. Auden, Samuel Beckett, Saul Bellow, J. M. Coetzee, Joseph Conrad, Roddy Doyle, Graham Greene, Ernest Hemingway, Nick Hornby, Aldous Huxley, Henry James, Rudyard Kipling, Edgar Allan Poe, John Steinbeck, Dylan Thomas and Virginia Woolf, among many others. He has also given papers in several conferences on translation and has written articles and reviews. He had this conversation with *Odisea* in October 2007 previous to a visit to the University of Almería.

**Key words:** Literary translation, translating from English, the profession of a translator, Samuel Beckett, Samuel Johnson.

*Sr. Martínez-Lage, ¿ninguna traducción es inocente?*

Difícilmente lo podría ser: si traducir poesía, como me dijo un académico en cierta ocasión de la que ahora no pienso acordarme, es un delito que debiera estar tipificado en el Código Penal, cualquier traductor a la fuerza delinque. Ahora bien: no pocas veces se logra la máxima fidelidad por medio de un alejamiento muy considerable. Y necesario. Ésta es una de las muchas paradojas que intervienen en el oficio de traducir (literatura, se entiende: todo lo demás no es traducción, o lo es cada vez menos, y a lo sumo es transliteración, que

<sup>1</sup> Fecha de recepción: octubre 2007.

Fecha de aceptación y versión definitiva: noviembre 2007.

<sup>2</sup> Grupo de Investigación HUM-807: "Literatura y Cultura de los Países de Habla Inglesa", Universidad de Almería; ✉ [jffernan@ual.es](mailto:jffernan@ual.es).

ni de lejos es lo mismo). En el fondo, ni siquiera el lector es inocente. Las circunstancias nunca lo son.

*¿Qué tipo de preparación debe hacer el traductor literario antes de enfrentarse a un nuevo trabajo? ¿Es necesario estudiar la época en cuestión, el movimiento literario al que pertenece el autor, hay que leer a sus coetáneos? ¿O por el contrario es suficiente con el oficio, con el bagaje cultural de los años?*

Por partes. Toda preparación es poca. El yoga viene bien para modular los ritmos respiratorios del texto. Montar a caballo es aconsejable si uno va a tratar de reproducir en castellano la amplitud de la frase de Faulkner. No conviene trasegar tanto whisky como él, desde luego. El tai-chi va que ni pintado para traducir a ese escritor chino que tanto vino a España, Je Ming Wei. Bromas aparte, conocer el contexto de la obra es indispensable, máxime cuando el original queda contextualmente lejos de nosotros. Y todo conocimiento es poco. Desde luego, sirve de ayuda empaparse del contexto –lingüístico, cultural– en que se mueve el autor que estamos traduciendo. Pero en todo momento me refiero a dos contextos, dos conjuntos de fuentes de información. Por ejemplo: para traducir a Joseph Conrad ayuda mucho conocer las novelas marineras de Pío Baroja, como ayuda la prosa de Pérez de Ayala. Y para traducir a Samuel Johnson viene bien impregnarse del “decir” del padre Feijóo.

*Todos hemos leído textos en los que el traductor ha intentado mejorar el original. ¿Es ésta una tentación que está siempre presente en su trabajo?*

Ésta no es una tentación: ésta es una imposición que los editores muchas veces tienen a gala hacer al traductor, sobre todo cuando no han leído el libro que pretenden publicar y se han formado una imagen ideal del mismo, que no casa ni a tiros con su penosa realidad. La mejora del original es indispensable si uno entiende su oficio caritativamente, y resuelve no dar al lector un texto tan rematadamente malo como el original que el editor ha seleccionado. No me refiero a los casos de pérdida flagrante en la traducción, a esos autores que viajan mal, como el vino. En cambio, si el original es bueno, mejor ni tocarlo: todo intento de mejora sólo servirá para ir a peor. Dicho de otro modo: no la toques más, que así es la rosa. Basta con que su coloración, disposición de los pétalos y perfume, sean equivalentes para un sistema sensorial extranjero y para un sensorio como el que pone en funcionamiento quien lee en la lengua de llegada.

*“El traductor, al acercarse a un texto literario, primero es lector y después traductor”, leo en un manual. ¿Está de acuerdo? ¿Qué comentarios le sugiere?*

No, no es del todo acertado el comentario. El traductor es a la vez lector y traductor, porque traducir es leer, y la traducción es tan sólo una lectura. Yo diría que el traductor es ante todo lector, lector privilegiado y lector responsable, ya que de su lectura, de su movimiento interpretativo, han de emanar todas las demás lecturas. El traductor no puede abrir, pero sobre todo no puede cerrar el espectro de las ambigüedades del original. Su lectura

ha de cifrarse en la reproducción no de lo que pone en el original, sino de lo que el original dice, de modo que una vez traducido siga diciendo lo mismo, al margen de lo que ponga, y todas las interpretaciones del original sigan siendo posibles en el texto traducido.

Por otra parte, el traductor adolece de una forma de leer que suele ser un tanto patológica. Es difícil abstenerse de leer algo en la lengua de partida sin idear sobre la marcha las soluciones que requerirá cuando aterrice en la lengua de llegada, y esto vale si es él quien ha de pilotar ese vuelo sin motor o si el piloto será otro.

*Usted es un hombre de letras puntilloso, que muestra particular desagrado hacia los desaliños estilísticos (recuerdo sus comentarios sobre dejar o no la coma en “Oh all to end”/“Ay, que todo termine” de Stirrings Still, de Beckett (Martínez-Lage 2006: 143). Da la impresión que las decisiones del traductor pueden llegar a ser angustiosas.*

Me plantea usted dos cuestiones muy diversas en esta quinta pregunta. Y en cierto modo así me quedo, a la quinta pregunta.

En primer lugar, yo no soy puntilloso. Lo que pasa es que detesto el desaliño, que me parecerá siempre una falta de respeto, y en este delito todas las faltas son graves. Supongamos que usted comienza a leer una novela, a pie de mesa de novedades, cuya primera frase dice así: “No sé si mi historia es lo bastante grandilocuente para una tragedia, pero sí ocurrieron muchas putadas”. Dígame una cosa: ¿la compra? ¿Está dispuesto a leerla por más que le interese el autor, el contenido de la misma, la forma en que aborda los temas que, según tiene usted entendido, desarrolla en ella? Si lo hace, le aseguro que será a regañadientes. (Y en descargo del autor de una traducción como ésta, tal vez haya que pensar que no ha tenido tiempo o que se le ha pagado mal, porque dar por bueno ese arranque de novela, que pretende ser equivalente a una frase inicial como la que copio a continuación, no es que sea un delito: es que es aberrante). La frase dice así: “I don’t know if my story is grand enough to be a tragedy, although a lot of shitty stuff did happen”. La traducción da lo que pone el original, pero dudo mucho que eso sea lo que dice, y esta diferencia es crucial. Sin contar el solecismo, sin hablar de la sobreinterpretación que encierra, sin decir nada –sería peor– de la patada en los riñones de la lengua que la traducción contiene, se trata de una muestra de olímpico desprecio por el lector. En la primera frase, ojo.

En cuanto a la angustia propiamente dicha: bendita sea. Cuando la traducción aún flota en suspensión en el líquido de las decisiones por tomar, que es un líquido de consistencia indecisa, la situación es de una dicha considerable. Cuando llega el momento de precipitar los sedimentos, la angustia se torna sencillamente cordura ante las pérdidas, que conviene enjugar cuanto antes con las ganancias que uno tenga a mano introducir sin violentar el texto. Lo cual, dicho sea de paso, a menudo es imposible. Sobre todo si uno, aun siendo autor de su traducción, se olvida de su condición de autor y propietario de un texto que ni ha sido ni puede ser suyo, y se pone al servicio del texto, de la traducción. Entonces más que de angustia cabe hablar de derrota, pero aunque sea ahí donde más se aprende a nadie le gusta recordarlas más de lo necesario. Es decir, que en eso que usted llama angustia a menudo está mi gozo.

*El lector de una novela traducida lee otra novela, similar pero no idéntica a la novela original. ¿Cómo se enfrenta un traductor a esto? ¿Le produce alguna inquietud?*

No, ninguna inquietud, o no más que la que tenga quien se enfrenta a unas normas, a unas limitaciones, a unas imposiciones, a la hora de emprender una tarea que aspira a realizar con el máximo de excelencia que esté en su mano... dentro de esas normas, limitaciones, etc. Todos los futbolistas querrían marcar un gol imposible, pero hay que tener en cuenta que también juega la ley de la gravedad. En el fondo, la cuestión es sencilla: se trata de ponerse en el pellejo del lector de la novela en su versión original –y, llegado el caso, hablar con un lector de la novela en versión original para saber qué percibe, qué acusa– y desmenuzar entonces todos los efectos que esa novela haya podido producir en su sensibilidad para reproducir esos mismos efectos, a veces generando otros mecanismos, de acuerdo con determinadas convenciones y sometándose siempre a la signatura del autor (incluso si contraviene determinados usos), para que esos efectos sean análogos en la lengua de llegada. Es sencillo, ¿no cree?

*En su biografía se puede leer, “el vocablo que más desvelos le ha costado es un monosílabo inglés que responde al nombre de on”. ¿Podría explicar esto?*

Veamos. Ésta es una boutade que aparece en el texto de solapa de *A vueltas quietas*, mi traducción de *Stirrings Still* (2004). Es un hallazgo de Carlos Rod, responsable de dicha editorial. Pero si toma usted el párrafo con que se abre *Worstward Ho* (*Rumbo a peor*, traducción colectiva que tuve el infinito gusto de hacer junto con Libertad Aguilera, Daniel Aguirre, Gabriel Dols y Robert Falcó), comprenderá que por mucha gracia que pueda tener la broma, en el fondo es un asunto muy serio.

Ese párrafo dice así: “On. Say on. Be said on. Somehow on. Till nohow on. Said nohow on”. Espero que esté de acuerdo conmigo en que el grado de dificultad que presenta ese monosílabo no lo iguala prácticamente nada que se haya escrito nunca en inglés. Y quizás convenga recordar que éste es un texto que el propio Beckett no pudo traducir al francés, como hacía siempre, con natural y grande contrariedad por su parte.

El proceso de ósmosis por el cual se vertió ese texto de Beckett al castellano (siempre y cuando tengamos en cuenta que la membrana en este caso estuvo compuesta por los circuitos neuronales de cinco cerebros conectados en todo momento en serie, es decir, que no hubo una sola frase que se tradujera independientemente, sino que todas las palabras, todas las frases, todos los párrafos y todo el texto fue traducido y revisado varias veces unánime y sincrónicamente entre los cinco) es algo de lo que ahora no le puedo dar detalles, aunque sé que no le costará a usted imaginarlo. Nunca he participado en una empresa de semejante dificultad. No creo que repita. Y debo decir que el orgullo que me inspira tanto el proceso como el resultado está a la altura. Haber dado con la solución que hallamos para esa frase inicial, esto es, “Aún. Di aún. Sea dicho aún. De algún modo aún. Hasta en modo alguno aún. Dicho en modo aún”, con el salto categorial que gramaticalmente entraña, representa con seguridad uno de los momentos culminantes en la historia de la traducción. Pero todo esto lo cuenta mucho mejor que yo Daniel Aguirre en un ensayo titulado “Traducir aún”,

que se puede leer en [http://www.acett.org/ficha\\_vasos.asp?numero=26&punto=3](http://www.acett.org/ficha_vasos.asp?numero=26&punto=3), y que le aconsejo vivamente.

*En su trayectoria personal como traductor predominan la novela y la prosa ensayística. ¿Es la traducción de poesía su asignatura pendiente? ¿Qué dificultades adicionales presenta con respecto a la prosa?*

Me va a permitir que cifre mi respuesta a esta pregunta remitiéndome a lo que le dije en la primera.

No, por fortuna he ido aprobando asignaturas curso a curso y creo que puedo presentar un buen expediente. Traduje no hace mucho una amplia selección de los poemas de Carl Sandburg, y si fuera preciso y la causa lo valiera reincidiría en la comisión del delito. Por otra parte, si se toma usted la molestia de espigar la *Vida de Johnson*, de James Boswell, podrá comprobar que la traducción de los dísticos heroicos que son propios de la poesía inglesa del XVIII, a la Alexander Pope e incluso en clave menor y satírica, tiene nutrida presencia en dicho libro, en el cual, dicho sea de paso, no he dado en notas más que una sola versión original de un poema traducido. Justamente el último. Lo encuentra usted en pp. 1816-1817. ¿Por qué será?

En cuanto a la poesía y la tan traída y tan llevada traducción de la poesía, debo reconocer que convengo plenamente con Arno Schmidt en que el poeta a lo sumo es un prosista vago.

*Hablemos de Samuel Beckett. Usted ha traducido algunos textos realmente complejos, como *Worstward Ho* (Rumbo a peor) (2001) o *Stirrings Still* (A vueltas quietas) (2004). Posteriormente se ha encargado de las versiones al castellano de *Deseos del hombre* (2004), y más recientemente, *La capital de las ruinas* (2007). Dos preguntas al respecto: Una, traducir a Beckett ¿No tiene algo de apuesta perdida de antemano, de gesto heroico? Dos, ¿Es Beckett el autor más difícil de traducir? Lo digo por la necesidad de reflejar los silencios, y también los ecos de las palabras.*

Procuraré ser beckettianamente austero en mi respuesta: (a) las apuestas perdidas de antemano son la sal de la vida, y el propio Beckett asegura “ganar tiempo que perder” precisamente en *Rumbo a peor*; la heroicidad al traductor se le supone como el valor al soldado, pero el primero tiene que demostrarla, mientras el segundo rara vez lo hace, por más que se le siga suponiendo; (b) sin lugar a dudas, y no sólo por el reflejo de los silencios y los ecos, sino porque el lenguaje de Beckett es de una dificultad máxima, al tiempo que de una claridad meridiana. Pero en otra gama de la dificultad, con otra vara de medir, si se quiere, tienen dificultades en escala comparable autores como Kipling, Virginia Woolf o George Orwell. Cito sólo aquellos de los que he traducido al menos un libro.

*Algunos comentarios suyos tomados de prólogos (“[Samuel Beckett] es autor de una obra a cuyo lado todo comentario crítico resulta una solemne majadería”) apuntan a cierto resentimiento con la crítica académica oficial. ¿Es esto así?*

Pues me pone usted en un brete delicado. ¿Se deduce que haya resentimiento de un comentario así? Yo, leyéndolo como si lo hubiera dicho otro, y lo dije hace tanto tiempo que es como si lo hubiera dicho otro, o alguien que se parece a mí, o que al menos lo intenta, le aseguro que sólo veo sensatez en ese comentario, que parece dar a entender que los ejercicios de malabarismo estéril de una determinada crítica (tanto académica como de batalla) de nada sirven al lado de un texto de Beckett, además de que nada significan, y parecen realmente ruido enfurecido y apenas media nuez podrida, además de estar pronunciados por un idiota. Pero eso, como usted bien sabe, es la vida misma.

*Uno de los últimos libros que ha traducido es Vida de Samuel Johnson, de James Boswell (2007). ¿Qué problemas ha encontrado en este libro a los que no se había enfrentado antes?*

Me temo que la *Vida de Johnson* no me va a dejar en paz durante lo que me resta de vida. Disculpeme, pero aquí lo que usted me pide no es una respuesta: me pide usted un tratado, un volumen que podría titular “De jocunda angustia trujamana” y subtítular “Gozos y padecimientos del traductor metamorfoseado en miembro del Club Literario, fundado por sir Joshua Reynolds para que Samuel Johnson tuviera con quién conversar”. Y como resumir es una facultad del intelecto que a menudo no figura entre las mías, creo que me abstendré de explayarme. Puedo, sin embargo, asegurarle que la mayor dificultad del *opus magnum* de Boswell es única y exclusivamente su extensión. El libro, por otra parte, es de Boswell, pero en él interviene casi tanto como Boswell el propio Johnson, de modo que era preciso delimitar bien las voces de ambos, así como la de otros informadores digamos secundarios. En líneas generales, posiblemente sea el libro más enciclopédico que he traducido nunca, de modo que la dificultad se ha cifrado bastante en la perentoria ampliación de mis exiguos saberes para estar a la altura de los que Boswell, Johnson *et alii* despliegan en la obra.

*La pregunta inevitable, ¿Qué consejos le daría al estudiante de idiomas que le gustaría dedicarse a la traducción profesional?*

Que ame profundamente y aprenda como si le fuera la vida en ello la lengua, que es la herramienta con la que se va a ganar la vida o el instrumento del que tendrá que servirse si aspira a cosechar placeres tanto más gratos cuanto más arduos. *Ad astra per aspera*. Pero cuando le aconsejo que aprenda la lengua me refiero al castellano, naturalmente, si hablamos de un estudiante cuya lengua materna sea el español. Si su madre es belga, le conviene aprender al máximo el flamenco o el francés. Cuanto aprenda de la lengua de partida será miel sobre hojuelas, pero es el conocimiento a fondo de la propia lo que ha de permitirle traducir bien.

*Gracias por su atención. Ha sido usted muy amable.*

El gusto ha sido mío, se lo aseguro: tenga en cuenta que el oficio de traductor transcurre en la más estricta y monacal de las soledades, por lo que toda oportunidad de conversar, y más cuando es con provecho, realmente se agradece.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BECKETT, Samuel. 2004. *A vueltas quietas (Stirrings Still)*. Trad. Miguel Martínez-Lage. Segovia: La Uña Rota.
- \_\_\_\_\_. 2004. *Deseos del hombre. Carta alemana (Human Wishes. German Letter of 1937)*. Trad. Miguel Martínez-Lage. Segovia: La Uña Rota.
- \_\_\_\_\_. 2007. *La capital de las ruinas seguido de F-.* (*The Capital of Ruins, Saint-Lô, Mort de A.D., Antipepsis, F-*). Varios traductores. Segovia: La Uña Rota.
- \_\_\_\_\_. 2001. *Rumbo a peor (Worstward Ho)*. Trads. Libertad Aguilera, Daniel Aguirre, Gabriel Dols, Robert Falcó y Miguel Martínez-Lage. Barcelona: Lumen.
- BOSWELL, James. 2007. *Vida de Samuel Jonson (The Life of Samuel Jonson)*. Trad. Miguel Martínez-Lage. Barcelona: El Acantilado
- MARTÍNEZ-LAGE, Miguel. 2006. “La corbata de Beckett”. *República de las Letras* 99: 141-149.